

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 13 de Enero de 1898

Núm. 373



¡En marcha!

(Prohibida la reproducción)



Burlas y veras

A CLAK

Está bien dicho cuanto dices á Sancho, pero no has podido convencerme. Que sientas simpatías por la mujer *modernizada* (perdona la palabra) revela mal gusto, y á más de mal gusto, intención de defender por sistema ideas que no pueden tener cabida en un cerebro bien organizado como es el tuyo.

No me aparto de las corrientes de mi tiempo, ni mucho menos. Por el contrario, si no temiera herir tu susceptibilidad, aseguraría que eres tú quien camina por derroteros extraviados.

¿Quieres pruebas? Ahí van. Permíteme que deshaga tus argumentos de un soplo.

Empiezo por asegurar que la definición de la Academia es una de las mil y quinientas tonterías que se leen en su *Diccionario*. ¿Es que aun te merecen crédito las simplezas de una colección de señores chochos, que ni escogidos con pinzas se encuentran semejantes? Al leer tu aseveración he dudado que seas el Clak que yo conozco. Pero, en fin, puede dispensársete este pecadillo.

Luego la emprendes con el manoseado tema de que Carolina Coronado y Emilia Pardo Bazán son dignas de admiración y respeto. ¿Crees que no las admiro? Las admiro, como admiro á la Brillat Sawarin, á Jorge Sand y á otras muchas mujeres que han sabido distinguirse de la vulgaridad por su talento. Las admiro como excepciones que son, pero sin desear que estos casos constituyan la regla general. ¡Medrados estaríamos si á todas las mujeres les diera por aspirar á sentarse en los carcomidos sillones de la Academia ó por alternar con los hombres doctos!...

Dices también que es preciso que la mujer recobre sus fueros y sacuda el yugo que la oprime, como lo hicieron los esclavos.

¡Desdichado! A esto podría contestarte con una frasecilla que se ha repetido hasta la saciedad. La tiranía subsiste á pesar de las revoluciones y de las partidarias entusiasmas de la emancipación.

Tú no quieres que las mujeres sean *cosas*, y yo te digo que si no *cosas*, algo que las diferencie del hombre deben de ser siempre.

Mírate en el espejo de lo que sucede en los Estados Unidos, donde las mujeres campan por sus respetos, sin que les amedrente el temor á sus padres, ni las trabas de la familia. ¿Por qué no consienten aquí, entre nosotros, que las jóvenes vayan al Ateneo ó frecuenten las redacciones de los periódicos?... No le des vueltas. Así como el hombre, desde que nace, está obligado á trabajar para ganarse el sustento con el sudor de su frente, como reza el precepto bíblico, la mujer está destinada á ser *esclava* del hombre, esclavitud que puede ser más ó menos llevadera, según el esposo, el padre ó el hermano sean unos Nerones ó tengan un tantico de sentido común.

Lo demás, sería hacer verosímil la zarzuela, que muchos años ha estuvo en boga, *La isla de San Balandrán*. En esta zarzuela los hombres cosían, planchaban, remendaban la ropa, guisaban, hacían cuantas faenas conciernen al bello sexo, mientras las mujeres se repartían los destinos de la nación y ocupaban los primeros puestos en el gobierno, en la magistratura ó en las artes.

¿Es que quieres que esto suceda?

Desengáñate. En una casa ha de haber quien gane dinero y quien cuide del aseo y de la limpieza de la misma, y si deseas que la mujer se lance á la lucha en el campo de las artes ó de las ciencias, forzosamente ha de ser el hombre quien espume el puchero y limpie los mocos á los chiquitines. Esto es axiomático, y por lo tanto no tiene vuelta de hoja.

No vayas á tildarme de retrógrado; bien sabes que no lo soy, y que me entusiasman las conquistas del progreso. Mas, como entiendo que la emancipación de la mujer equivaldría á que el hombre retrocediese, deseo dejar las cosas tal como se encuentran.

A más de lo expuesto ¡qué sería del hombre si la mujer tuviera que darle lecciones! Precisamente donde se encuentra la poesía de la mujer es en su ignorancia. Tú eres joven, habrás tenido novias. Díme: ¿no te han encantado las faltas de ortografía en las epístolas amorosas? Cuando una mujer escribe en estilo ramplón y cometiendo delitos de lesa gramática, dice lo que siente; si escribiera correctamente y sabiendo lo que escribe... ¡pobres de nosotros!...

Cuenta, que aparte de lo dicho, conceptúo á la mujer un sér superior al hombre, y capaz de igualarse á Dios (si Dios existe). Con que, si estando como están en la actualidad arman á lo mejor cada cisco que Cristo es marinero, figúrate lo que sucedería si las colocas al grado de cultura é ilustración en que estamos la generalidad de los hombres.

Y, en fin, para postre y remate debo hacer la salvedad de que me refiero á las mujeres del pueblo; á las que pertenecen á la mal llamada clase baja y á las de la clase media.

En cuanto á las otras, á las encopetadas, no las he tratado más que en las novelas *cursis*, donde hacen un papel tan importante.

Así pienso, y no hay escuelas ni filosofías que consigan que me apee de mi burro.

JULIÁN PEREZ CARRASCO.

El ángel caído

Era la noche oscura y destemplada;
soplaba el Guadarrama con fiereza,
y caía la nieve en remolinos
rebasando el arroyo y las aceras.

Sufriendo del alud los giros rápidos
y cruzando las calles casi á tientas,
íbamos *ella* y yo, graves y mudos,
triste el alma y cansada la materia.

Era aquella mujer una de tantas
que arrastran por el fango su vergüenza,
vendiendo sus impuras atracciones
al mundo que las compra y las desprecia.

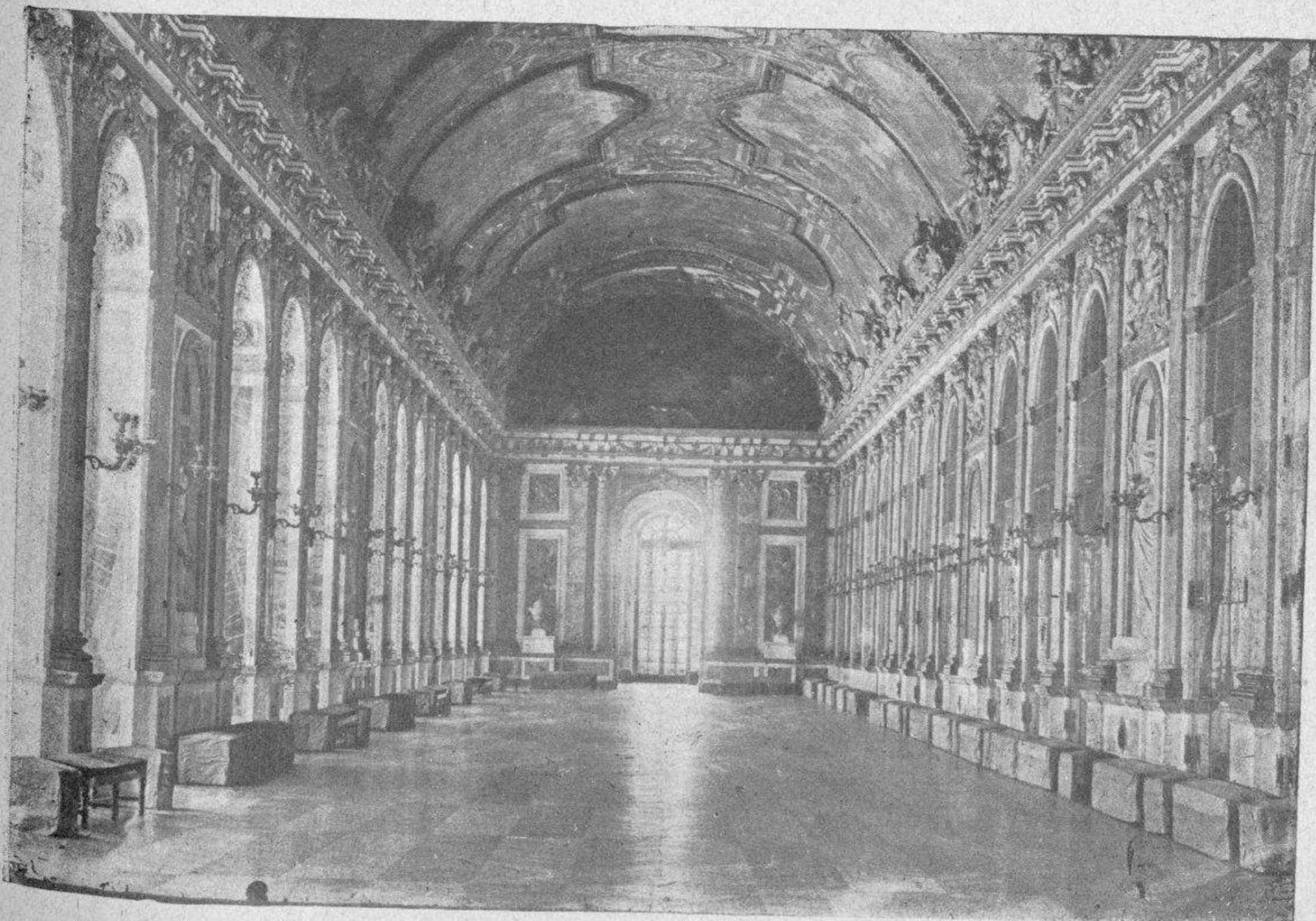
Al volver una esquina, acurrucada
en el obscuro quicio de una puerta,
una niña dormía dulcemente,
en míseros harapos mal envuelta.

La bella pecadora soltó entonces
mi brazo, y con nerviosa ligereza
dejó en la fría mano de la niña
todo su capital: ¡cuatro pesetas!

Y de nuevo poniéndose á mi lado,
murmuró con acento de tristeza:
— ¡Harapos y orfandad! ¡Hambre y desprecio!
¡Infelices!... ¡Yo he sido también de esas!

CLETO.

ALREDEDOR DEL MUNDO



PARIS. — Interior del Palacio de Justicia



Los niños

¡Los niños! Dichoso emblema
de esperanzas y de amor,
del hogar dulce calor,
de bendiciones poema.

Al pensar en lo que soy,
ve mi triste padecer
las alegrías de ayer,
los desengaños de hoy.

Y pienso que la victoria
sólo han podido alcanzar,
los que dejan de jugar
y despiertan en la gloria!

José F. CURBELO.

I.....I

Dejad que los chiquillos
enreden y alboroten,
decía ayer D. Lucas
a su compadre Cosme,
y son se crían fuertes
de entendimiento sanos
y de alma siempre robles,
y más si son enamoran,
y lo que me atropellan
si insultan y autropellan
y os tira los bigotes.
Que os toca el compadre
le dais mancha, y os babea
dejándole que os sobe...
Aquí encima un beso,
al duro y fuerte apóstrofe
y dijo: un cuerno doble,
lo que daré yo al bruto
será un buen par de azotes.

MANIANO LUQUE.

La supresión

Se había empeñado en ello, y á fuer de testarudo, quería salirse con la suya.

La omnipotencia que le prestaba la falta de voluntad de sus súbditos le servía maravillosamente para que pudiera hacer la suya sin trabas de ninguna especie.

Menos mal que la idea que le había dado demostraba que en los sesos del tirano cabían nociones de bondad.

Se propuso suprimir todos los vicios, y para lograrlo, estaba decidido á dar fin á la existencia de todos sus súbditos, si era preciso.

El único hombre que conservaba algún ascendiente sobre él, sin duda porque de niño le había administrado unas tundas soberanas, filósofo de todas prendas, pues hasta tenía las indispensables para cubrir el cuerpo, le explicó que lo que intentaba era imposible, como superior á toda fuerza humana.

—Lo que queréis es tan imposible como secar las aguas del mar ó liquidar la tierra. No hay nada inútil en este mundo, y

por lo mismo no puede suprimirse nada. Lo que es, es y será. Para acabar con los vicios, tendríais que acabar con los hombres. Y en aquel que superviviera, aun cuando fuéseis vos, alentaría el germen del mal, como late el del bien en el corazón más podrido de vicios y defectos. Para convencerlos de ello, para que no cometáis una barrabasada más de esas que redundan en desprestigio de vuestro nombre, que ya son pocos los que veneran y menos los que bendicen, dejad que hagamos juntos un ensayo.

El tirano miró á su mentor con ceño; pero sabiendo que por regla general hablaba la sabiduría por su boca:

— Bueno, — dijo. — Hagamos el ensayo; pero que sea breve. Ya sabes que no me gusta diferir mis resoluciones.

— Sí, ya sé que no lo pensáis dos veces para hacer una atrocidad cualquiera. Así, pues, al avío. ¿Qué es lo que os parece más fácil suprimir?

El real discípulo meditó un rato.

— El reconocimiento.

— Bien está, y no pensáis mal del todo. Ahora mismo vais á dictar las órdenes oportunas para lograr vuestro deseo. Yo haré que vuestro pueblo las conozca y las acate, y si conseguís lo que esperáis, que me aspen cuando os dé la real gana. ¿Qué plazo ponéis?

— ¿Dos meses?

— Sí, ya basta.



Aquel mismo día supieron todos los súbditos de Juan I que de real orden quedaba suprimido todo reconocimiento, esa virtud de los humildes, que anda más escasa de lo que se cree.

Tenía el real tirano la ventaja de ser un tanto flaco de memoria.

Al cabo de quince días ya no se acordaba del trato que había hecho con su mentor. Con éste, precisamente, andaba cazando por una región quebrada y erizada de monte bajo. Las zarzas habían desgarrado su túnica y su manto, y más que un real cazador, parecía un perdis cualquiera.

Arrastrado por su entusiasmo cinegético, adelantóse á su compañero de tal manera, que cuando quiso hallarle, no supo cómo componérselas, y no tuvo más remedio que adelantar á la ventura por aquel terreno desconocido. Hacía un calor de todos los diantres, y la correría le había abierto el apetito. Y el rey se hallaba despistado y sin provisiones, y sobre sus espaldas caía un sol de plomo. Horas y más horas anduvo sin hallar poblado ni habitación, y cuando ya no podía más con su cuerpo, muerto de fatiga y hambre y sed, topó con una barraca.

En aquella barraca había un hombre.

El rey se adelantó hacia él, y le dijo:

— Dame de comer y beber y una buena cama.

Indignado por el tono de mando, el desconocido replicó:

— Te daré de comer y de beber si pagas y me acomoda. En cuanto á cama, no tengo.

El rey buscó dinero. No tenía.

— ¡Ea! que no comes, — dijo el habitante de la sierra. No tienes dinero, pues no hay pan. ¡Andando!

El tirano comprendió que debía capitular, y dijo:

— Mira, no tengo dinero; pero mi poder es inmenso. Dame ahora con qué aplacar mi hambre y mi sed, y cuenta con mi eterno reconocimiento.

— ¿El reconocimiento? — exclamó el montaraz individuo. — Nuestro rey ha dado órdenes para que nadie lo tenga; para que jamás se practique.

— El que da una orden, puede revocarla.

— ¿Qué quieres decir con esto?

— Que yo soy el rey.

— ¿Tú? Vamos, vamos, lo mejor que puedes hacer es largarte, si estás bien avenido con tu crisma.

Dijo estas palabras con tal resolución el hombre, que comprendió el rey que el consejo era bueno. Anduvo errante toda aquella noche, y al día siguiente, cuando derrengado y sediento llegó á su palacio, hizo llamar al filósofo, y le dijo:

— Tenías razón, es imposible suprimir nada, ni aun aquello que parece más superfluo.

Dijo, y para probar que no podían suprimirse los vicios ni los crímenes, mandó decapitar á su mentor.

A. RIERA.

Palabras técnicas

— ¡Hola! Muy buenas, mi *señá* Paca.

— Muy buenas, hija. Como que estaba, *contemplando* eso vuelta de caras, naturalmente, no *reparaba*...

— Sí, sí. Ya entiendo.

Pues vaya, vaya, ¿cómo seguimos?

— Bien, á Dios gracias.

Muy bien; tan sólo que ahora, en la barba, *le da en salirle*

un grano... y nada, que el tal *granito*, á mí, me carga de una manera extraordinaria.

— Pues no parece ser de importancia; se lo aseguro, mi *señá* Paca.

— Sí, como es chico, no lo *acopara*.

¡Mas si usted viera, lo que me cansa!

No es poco el daño que el tal me causa.

Llamé ayer mismo, por la mañana,

al doctor Méndez (el de la casa.)

Le conté todo lo que pasaba,

y él recetóme cierta pomada,

(que no recuerdo, como se llama)

junto con una podrida agua,

que me enseñaron en la farmacia.

Pregunté el precio de la pomada;

por ella sola,

ya me contaban

tres pesetitas;

dos por el agua.

Y como que una no es *millonaria*,

naturalmente,

no compré nada.

— Pues eso es claro, mi *señá* Paca.

Pero... ¿y no dijo el doctor nada

sobre lo que era lo de la barba?

— Sí que lo dijo, pero... ¡caramba!

¡no lo recuerdo!...

Como que usaba palabras *tenias*

y *enrevesadas*...

¡Ah! Ya lo tengo. *Rupción clutánea*...

— ¿Con que dijo eso?

Pues, vaya, vaya, que no le entiende... ni el mismo Papa.

RICARDO CLARET.

La equivocación del hombre

(CUENTO PARA LAS MUJERES)

Sr. D. J. F. Luján.

Tú crees que estuve poco galante con Julia en la visita á su mamá; ahora te diré las razones que no pude exponerte al despedirnos en la estación, porque iba á partir el tren.

Momentos antes de expirar Ricardo, me llamó á su casa. Se hallaba envuelto en pieles, sentado en una mecedora y casi tendido sobre almohadas.

— Me he sublevado contra el lecho. No quiero morir en posición estúpida.

Y hablaba lo que precede penosamente, pero con serenidad pasmosa.

— Vaya, hombre, no empieces á soltar tonterías — interrumpí, violentándome, para que no adivinara la sombría tristeza de mi espíritu.

— Oye en silencio; está delante de mis ojos el reloj de arena, y me cortarán la palabra á lo mejor. Es preciso que cumplas el encargo que voy á hacerte. A los moribundos se les puede obedecer, porque no han de molestarnos más. Me estoy muriendo, y no me pesa; nada en el mundo me indemniza del tormento de vivir. Peor para tí que te quedas. Y no me contemples con esos ojos asombrados, que mi razón no pelagra. Es lo último que se apaga. Ya sé que los médicos aseguran por ahí que estoy medio loco y que me ahoga la tisis. Pues mienten; muero de un mal que padecen muchos en la vida, y que no estudian en sus libros aquellos señores: muero... de equivocación.

Acometióle un golpe de tos, que hizo esfuerzos sobrehumanos por dominar; respiró fatigosamente, y aquietándose, siguió diciéndome con mucha pausa:

— Creo que si no me hubiera equivocado no moriría tan joven. ¿A que adivinas que voy á hablar de Elena? Claro. Allá va un consejo, por si te sirve. De la mujer te dirán mucho, y se discutirá no poco. No creas nada. Cuando te hablen de ellas, duda siempre. Si tropezares con alguna, hazte cargo de que eres otro. Abdica de ti. Es más difícil unir dos almas que los polos de la tierra.

Yo no he amado á otra mujer que á Julia; era mi ilusión, mi vida, mi sér, mi todo... como dicen los poetas románticos. Cuando me enamoré me pareció que se diferenciaba de las demás, que era distintamente *otra*; abrigué la esperanza de que podía acercar mi alma á la suya, y creí que alcanzaría á recoger la esencia delicada de su espíritu, del modo que me embriagaba el delicioso perfume de su carne. Llegó á tanto mi obsesión, que le hacía abrir la boca para aspirar su aliento, figurándome que salía impregnado de lo más íntimo de su sér.

No puedo contarte uno por uno los desencantos sufridos; no hay tiempo. ¡Qué sacudidas ha experimentado mi pecho en el terrible y laborioso análisis! Ya lo ves: ellas me han conducido á la muerte; llegué á estar tan loco como los alquimistas que perseguían el rayo de sol. ¡Yo también gasté mucho combustible en los hornillos del sentimiento!

Oye: no te apartes de mi lado hasta que haya muerto. No tendrás que aguardar mucho. Si viene á verme no la dejes entrar. La última vez que estuvo aquí no me besó en la boca, y al preguntarle por qué no me acariciaba como tenía por costumbre, contestó... «que me quería mucho, pero temía al contagio». Pues yo, trocando los papeles, me la habría comido á besos, le hubiera hecho tragar todo el fuego de mi sangre en las oleadas de mi pecho para que no le faltara aire en los pulmones... ¿Qué me hubiera importado morir, y más morir de su muerte, herido por el mismo mal que á ella la matase? ¿Concibes tú si fuera eso delicioso? ¿Comprendes si hay una embriaguez igual á la agonía heredada de la agonía del sér amado? Embriaguez de dioses.

Se exaltó tanto, tanto, que tuvo un acceso de tos terrible; creí que se quedaba; aparecieron unas manchas sanguinolentas en su pañuelo, y por fin sobrevino el vómito. Se calmó, y á pesar de mis instancias, continuó desdeñosamente:

— No acabaría nunca, y aun no te dí el encargo. Júrame que lo cumplirás.

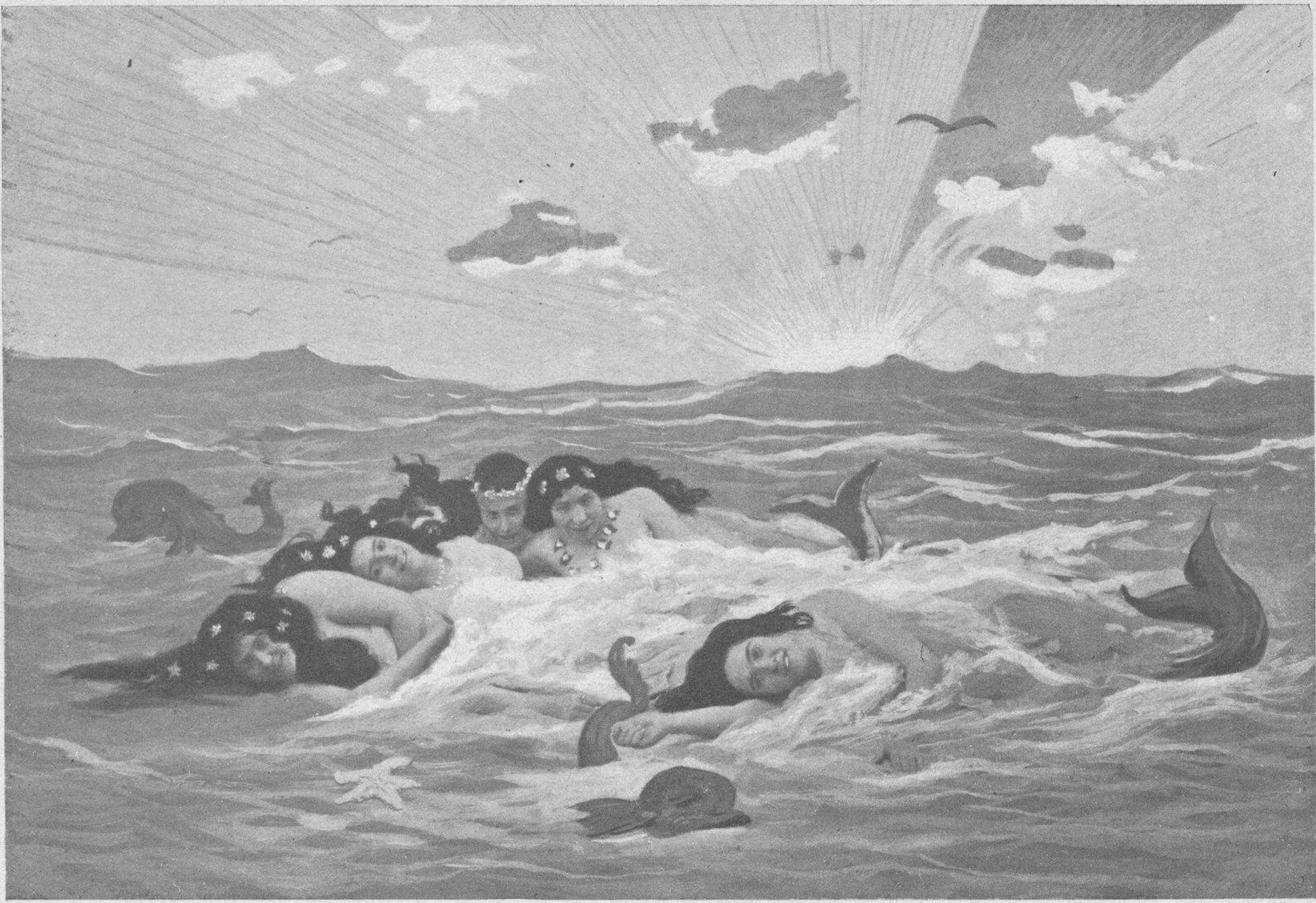
— Lo juro — contesté seca, pero solemnemente.

— Te creo. Mira, presiento que algún día, cuando se hable de mí, Julia ha de envanecerse de haber poseído mi alma: de que muero *por ella*, cuando no es verdad, nó; todo lo contrario: muero por falta *de ella*. ¿Me comprendes? Quise analizar su alma... y esa fué mi equivocación; si amas algún día, no te empeñes en buscar el rayo de sol puro; conténtate con lo que te da la naturaleza. Yo, al cabo de aquel horrible análisis, pude descubrir que sólo había en lo que adoraba un cuerpo muy hermoso... Adiós.

Y ahora, querido Luján, contéstame si mi indiscreción, si mi falta de galantería con la bella Julia, obedeció á algo superior á todas las consideraciones, cuando escuché de sus labios que nuestro pobre Ricardo había muerto de amor *por ella*.

¿A que tú hubieras hecho lo mismo por tu verdadero y devoto amigo?

ANTONIO SALES BAYÉS.



Sirenas juguetonas

(Prohibida la reproducción)



No muere ¡vive Dios! la poesía,
les sobra la razón á los poetas :
las ninfas de los bosques se han vestido,
y aun en las aguas de los ríos juegan.

(Prohibida la reproducción)

La bicicleta

¿Mi opinión?

La bicicleta no es un vehículo, aunque diga la Academia que tanto monta artificio como carruaje. Además, la docta Corporación asegura que el carruaje, ó el artificio ó el vehículo transportan personas ó cosas de un lugar á otro, y yo no sé decir si consiste eso del transporte en el pedal ó en los pies. ¿El ciclista va por sí mismo ó es llevado?

Tampoco quiero conformarme con los que dicen que es una máquina. Pongámosle un mote, y transijo. Llamémosla máquina infernal.

Así cabe un arreglo, y no se ofenderá nadie. Máquina, será la bicicleta, y el hombre, demonio.

¿Usted lo duda, señor Director? Yo lo creo á pies juntillas. Sobre todo, desde que se encaraman al sillín las mujeres.

Por ahí viene la regeneración, la conquista de la igualdad ante la ley, y todas esas zarandajas que están de moda.

Por ahí viene la metamorfosis.

El cambio de traje, el uso del pantalón masculino, prenda distintiva de nuestra privanza.

Ese era el paso difícil para las señoras: el de vestirse por los pies y no por la cabeza, y el paso se dió; resuelto el problema, lo que falta no les apura. Sólo es cuestión de modas; los sastres irán perfeccionando el modelo en sucesivas estaciones, y yo no desconfío



Lección divertida

(Prohibida la reproducción)

de que mi americana se la ponga un día ú otro cualquier Eva que parta mi cuarto de estudiante en cualquier casa de huéspedes.

Tendrá eso una ventaja indiscutible. Los matrimonios pobres ahorrarán dinero en el vestido. Los cónyuges, con un traje que se manden hacer, pata. ¿Que se va el marido á paseo? La mujer en casa queda. ¿Que sale la última? El hombre encerrado. Lo purgarán los sastres; pero el castigo es justo, tanto, como que ellas lleven nuestra ropa, ya que vestimos antes la suya.

Pues sí, la bicicleta es el gran trasto del progreso. A mí no me ha convenido, porque la única vez que quise montarla, me apeó por las manivelas. ¡Qué caída!

Pero me conformo. ¿Ha visto usted, señor Director, qué hermosos están esos diablos de mujeres, (hemos convenido en que la bicicleta es una máquina infernal) sobre el *armatoste*? Yo me dejo tentar, ¡vaya si me dejo!

PERICO CARDONA.



¡Y que apuran á las mujeres los obstáculos!

(Prohibida la reproducción)

¡Extra-lúcida!

— Parece verdaderamente imposible que sean ustedes tan estúpidos...

— ¡Hombre! eso de estúpidos...

— Señor mío, yo no consiento...

— ¡Eh! Garcipérez, poco á poco...

— Señores, lo dicho, dicho. Para dar crédito á semejantes patrañas es preeiso estar poseído de una inocencia fenomenal, de una ignorancia supina, de un espíritu retrógado, inconcebible en personas que se tienen por instruídas y que pertenecen á una categoría social algo elevada. ¿Les escuece á ustedes eso de estúpidos?... Pues aguantarse y tragar saliva, que yo llamo siempre las cosas por su nombre y á las personas como son, y al que no le guste que lo diga, que yo estoy en todas las cosas dispuesto á responder, con mis actos, de mis palabras; y eso en todos los terrenos.

Y echado este breve cuanto enérgico discursillo, el comandante Lucio Garcipérez Cascajares, se arrellanó en su mecedora, nos envolvió á todos en una mirada arrogante, cruzó una pierna sobre otra y encendió su habano que se le había apagado.

D. Mateo Pardiño, D. Venancio Calleja y yo nos miramos indecisos, sin saber como contestar á tan intempestiva provocación. Verdaderamente abusaba el comandante de su carácter batallón, de su afán de contradecir y de su genio pendenciero, que concluía siempre en toda discusión por denostar á sus contradictores y enviarles un reto. Y como el hombre tenía fama, muy merecida, de bruto y la no menos merecida de ser un tirador consumado de pistola, sable y espada, todo el mundo aguantaba sus desplantes, por no exponerse á mayores y más desagradables contingencias.

— Don Lucio — declaró con mucha flema Venancio Calleja, tras una pausa — con decirnos usted las cosas poco agradables que nos ha disparado, no prueba, ni mucho me-

nos, que tenga razón en el debate. Yo lo que sí le digo y le sostengo, no en todos los terrenos, sino en el de la discusión, único en que pueden ventilarse semejantes cuestiones, es que el hipnotismo está hoy admitido como verdad indiscutible por los hombres de ciencia; como fenómeno extraño, no del todo estudiado todavía, pero fenómeno positivo.

— ¡Quite usted, hombre!... parece imposible que sea usted tan melón. ¡El hipnotismo!... ¡valiente papa!... Por ese camino es usted muy capaz, y con usted estos dos señores, de creer en el sonambulismo y en las sonámbulas ¿eh?

— Le diré á usted — replicó con su impasible frialdad D. Venancio. — Respecto á eso hay que decir lo de los casuistas: *Distingo*.

— ¡Qué distingo ni qué ocho cuartos!... ¡vaya, repito que me parece imposible que haya personas tan infelices!...

— Hay muchas sonámbulas — prosiguió Calleja — que no son más que farsantes y embaucadoras...

— ¡Todas! — proclamó Garcipérez con su voz de mando.



(Prohibida la reproducción)

— Todas, nó; hay excepciones, y yo conózco una. Sí, mi señor don Lucio; no se encoja usted de hombros, porque es así: yo conózco cierta sonámbula verdadera, indiscutible, positivamente extra-lúcida. Y si usted quiere convencerse de ello, no tiene más que venirse conmigo y con estos señores, ahora mismo, si les parece bien, á donde les llevaré.

— ¿Pero usted se ha creído que soy memo? — preguntó el irascible guerrero.

— Si quiere usted convencerse — repitió el imperturbable Calleja — no tiene más que seguirme á casa de esa señora, la cual le revelará á usted todo lo más secreto, todo lo más recóndito de su presente y hasta de su pasado.

— ¡Que sea usted tan infeliz!... ¡y que crea que los demás lo son!... — repuso con acento de desdeñosa compasión Garcipérez.

— Y si usted no acepta — continuó friamente Calleja — probará que usted niega únicamente por sistema y que tiene usted miedo... sí señor, miedo... tal como suena, de rendirse á la evidencia.

— Vamos inmediatamente — exclamó con violencia el comandante, poniéndose en pie.

En una habitación de aspecto sepulcral, fantástico, pero de un fantástico cursi, cuyas

paredes, tendidas de negro, ostentaban extravagantes símbolos cabalísticos y que iluminaba una lámpara de estilo funerario, Garcipérez, Calleja, Pardiño y yo, esperábamos que principiase la ceremonia. Inútil es decir que el excéptico militar tenía impresa sobre el rostro la más desdeñosa expresión.

En medio de la estancia, una mujer regordeta ba-



Horas de quietud y de abandono

(Prohibida la reproducción)



jita, vestida de blanco, recibía con suma tranquilidad las oleadas de fluido magnético, que un tipo estafalario, embutido dentro de un ropaje negro y carmesí, le enviaba á las narices, plegando y extendiendo alternativamente los dedos. Concluyó la sonámbula por quedarse dormida y el magnetizador preguntó con voz aguardentosa:

— ¿Quién es la persona que desea consultar á la señora?

— Este caballero — replicó D. Venancio, señalando al comandante — señor de Garcipérez, ya puede usted interrogar.

Sin dejar su aire desdeñoso, dijo el comandante:

— Bueno... á ver... Que empiece por decirme esa buena señora lo que está haciendo mi padre en este momento.

Transcurrió un minuto, hubo un nuevo envío de fluido y la sonámbula contestó con voz clarísima:

— Veo al padre de este señor... sí, le^o veo: en este instante juega al billar... Soltó una tremenda carcajada el aludido y luego dijo con acento de burla:

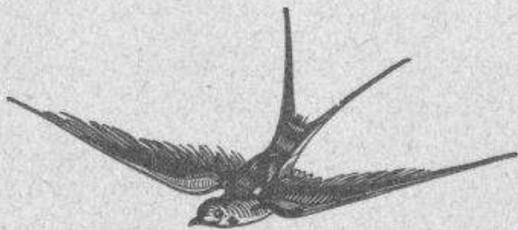
— ¡Para que vean ustedes la farsa!... ¡sepan que hace diez años que mi padre murió! Y apenas si se había extinguido la vibración de estas palabras, cuando la voz dulce y convencida de la sonámbula exclamó:

— Se equivoca el señor; su padre juega al billar... el muerto no era más que el marido de su madre.

Curiosidad

 (Prohibida la reproducción)

JUAN BUSCÓN.





De esa coquetería saldrá una estoçada

1a Saeta

partió á la carrera y no fué ya una carga, fué una tromba impetuosa la que cayó sobre los contrarios, rompiendo cuadros, rebasando cañones y produciendo tal confusión, que la acción en el acto quedó ganada.

Espartero apenas daba crédito á sus ojos.

Le mandó llamar, y después de abrazarle estrechamente :

— Muchacho, le dijo, ¿te volviste loco? En mi vida he visto una carga tan furiosa como la tuya. No siempre conviene tanto arrojarse.

— Mi general, — le contestó, — desde que leí la quema de las naves, por Hernán Cortés, creo que una carga debe darse á vida ó muerte, ó no darse. Además, mandando usted ya sé yo que no tengo nada que temer.

Estas historietas las sabía yo por mi gran amigo Demetrio, abogado y empleado desde remoto abolengo de la casa de Oñate. Y el general estaba casado con una hermana del conde de este nombre.

La señora, en el trayecto de Zaragoza á Jaca, llevaba su libro de oraciones y leía en él.

El general, que la respetaba en alto grado, no participaba del mismo gusto. Con la viveza de sus ojos me hablaba.

Creí oportuno indicarle la gran amistad que desde el primer año de leyes me unía á Demetrio.

Ya sabía que este nombre era un talismán. El general en seguida me dispensó la confianza de un antiguo amigo. La señora suspendió por un momento la lectura devota, me saludó y se dignó decirme que Demetrio era un amigo á quien querían y apreciaban mucho en la casa.

En Jaca era preciso tomar la diligencia. Numerosas personas vinieron á saludar al general. Le hablaban al oído. Se volvió á mí y me dijo :

— Me participan que una fuerza carlista acaba de entrar en la provincia. ¿Qué opina usted? ¿Podremos continuar el viaje?

— Mi general — le contesté — si la fuerza acaba de entrar estará muy ocupada en tomar posiciones. No se permitirá el lujo de venir á atacar una diligencia. Mi opinión es que ganando tiempo continuemos el viaje.

Dicho y hecho : tomamos nuestros puestos en la diligencia. El general tomó la berlina. La familia que debía yo acompañar hasta Biarritz, ocupó el interior.

Como previmos, no ocurrió ningún accidente en nuestro viaje. Las mulas eran buenas, el postillón maestro, el mayoral de puntería. Todo se necesitaba, porque aquel camino, surcando formidables despeñaderos, era capaz de causar espanto en el ánimo más fuerte y aguerrido. Ibamos como en capilla; al primer desliz de una mula, ó al menor olvido del zagal ó del delantero, teníamos firmada nuestra sentencia para el mundo de la eternidad.

Lo recuerdo todavía. Llegamos antes del amanecer á la frontera francesa. No fué posible hacer el trasbordo acto seguido, porque la diligencia del país vecino, tan exacto en todo servicio, no había aún llegado. Fué preciso esperar.

Algunos echamos pie á tierra y nos acercamos al olor del café ó del chocolate á un sitio donde lucía colgado un farol. Allí no había nada ni nadie. Digo mal. Había una mesa, que fué una oferta del refrigerio que buscábamos. Por lo demás, estábamos en pleno matorral.

— ¡ Eh, del matorral ! ¿ No hay nadie, quién sirve ? — gritó alguien.

Apareció, ¿ quién lo creyera ? una joven alta, rubia, esbelta, elegantemente vestida, linda como la mañana dormida en el horizonte, un verdadero contraste de aquél lugar agreste y solitario ; porque tenía el aire de una gran dama, de una de esas deidades de salón que dejan en suspenso á todo un público de frac y guante blanco.

Nos dijo que muy pronto nos servirían la leche y el café, y volvió á dar las órdenes correspondientes ¿ á donde ? No lo sé, porque en las sombras de la noche no se veía traza de casa alguna.

Se alejaba aérea y vaporosa la angelical figura, cuando se oyó una voz de mando:

— Ea, pronto, pronto ; no tanta calma. ¡ Arrr !

La angelical figura se detuvo.

Una sonrisa celestial se dibujó en sus labios.

Aquella voz había resonado en sus oídos como el más alto y varonil galanteo que hubiese recibido en sus pocos años ; una broma lisongera, bajo un sobre abrumante.

Todos los presentes lo interpretamos de igual modo.

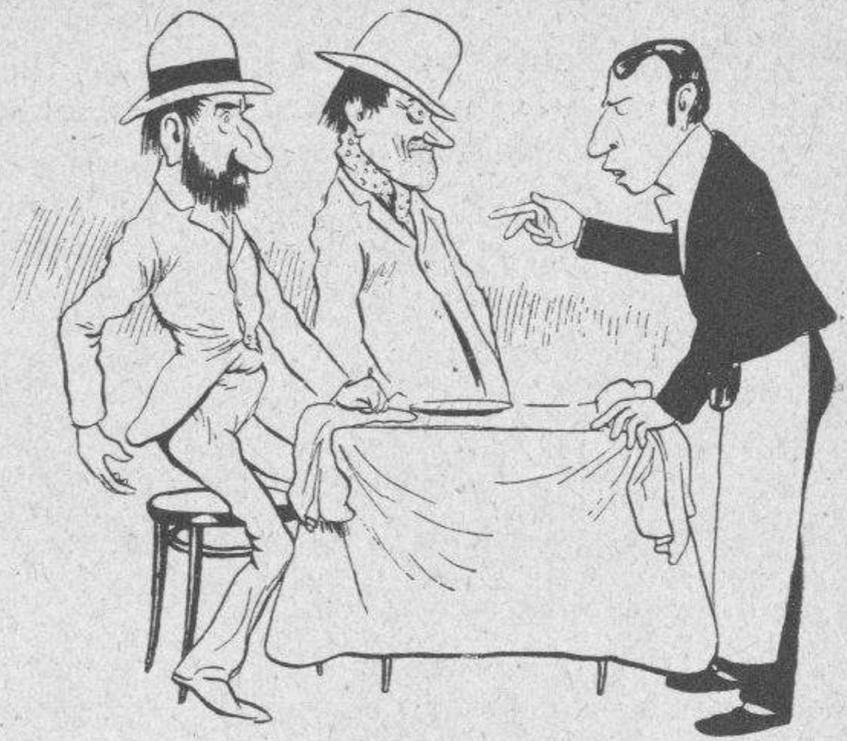
Un elogio hubiese sido pálido. La voz del corazón tuvo en aquel momento un gran intérprete.

Cuando volvimos de nuestra sorpresa, el general se hallaba ya en la diligencia.

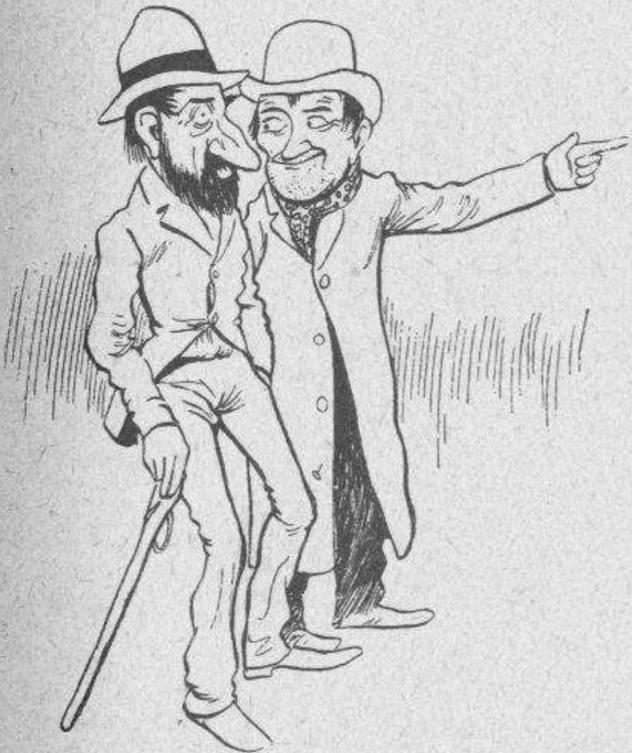
DOMINGO MALPICA LABARCA.



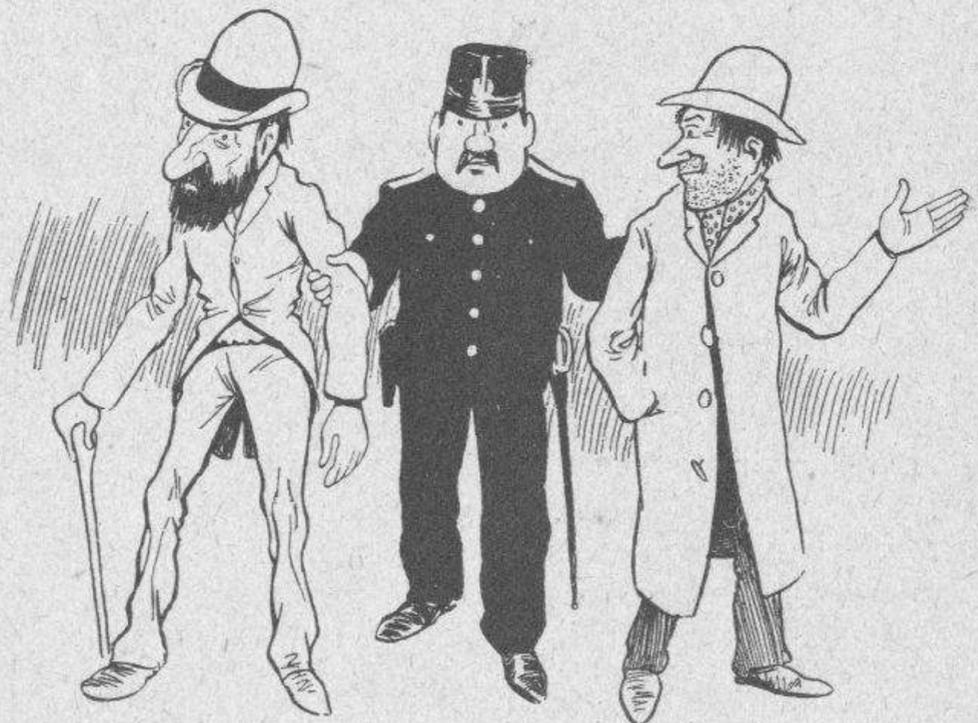
1. — Chico, estoy desfallecido. ¡No tengo donde comer ni dormir!
— Porque quieres. ¡Ven conmigo!



4. — ¿De manera que entre los dos no pueden pagar la cena?



2. — ¿Ves aquel restaurant? Cenaremos en él como dos príncipes. Después iremos al alojamiento y allí... tampoco faltará comida.



5. — Chico, no te apures. Pronto llegamos á nuestra casa...

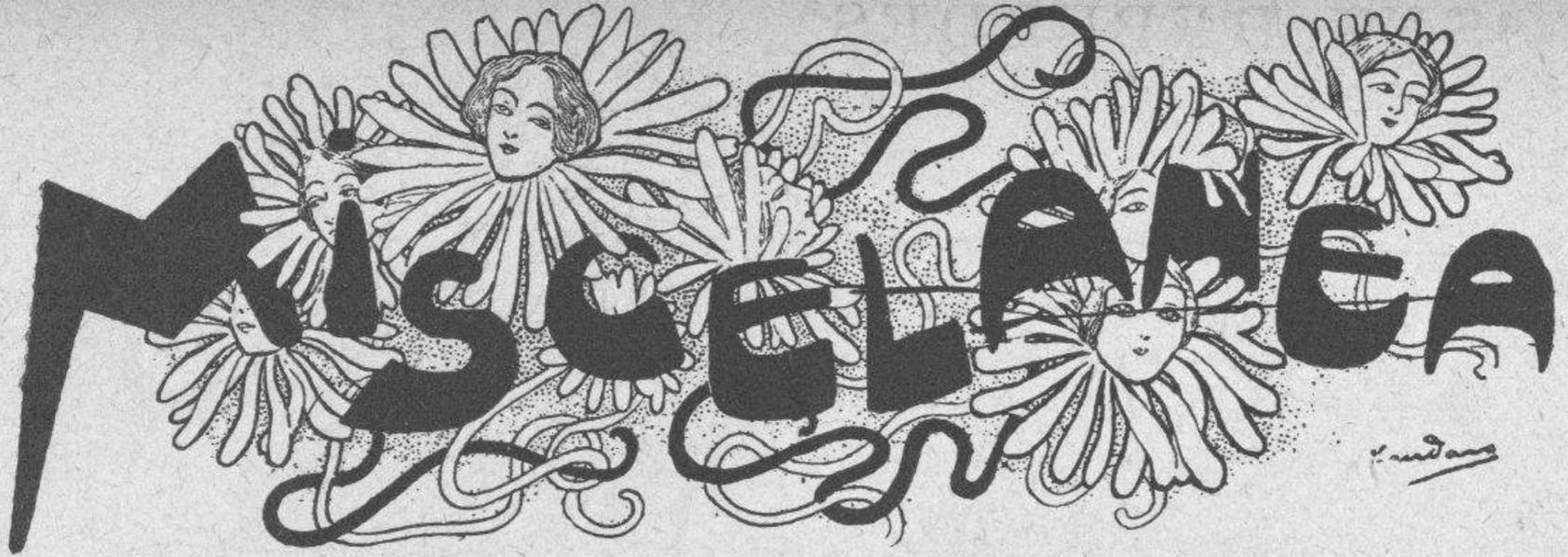


3. — ¿Pero es que has heredado? ¡No vuelvo de mi asombro!



6. — ¿Ves? Aquí hay comida para ocho días asegurada... luego nos sueltan y repetimos la operación. ¡Ya ves tú!

Xaudaró



Agradecemos de todo corazón cuantos elogios venimos recibiendo; los señores que nos honran felicitándonos por carta, nos dispensarán si no les contestamos particularmente; es imposible, porque el tiempo urge y las ocupaciones son muchas; pero tomamos nota de la favorable acogida y de todas sus deferencias, y quedámosles obligados y reconocidos.

Contábamos con la devoción del público; pero el éxito ha superado á nuestras esperanzas; procuraremos corresponder poniendo á su servicio nuestra voluntad, que es mucha.

Ya irán viendo los lectores que nuestro propósito es dar á este periódico un carácter que le distinga por lo ameno y variado, tanto en el texto como en las ilustraciones; que tenga mucho de *si misma*, y que mostrándose culta y jovial, se aparte de la vulgarizada costumbre de parecerse á un almacén de artículos y dibujos.

Y nada más. Sin promesas pomposas haremos en este sentido cuanto podamos.



Para evitar ó combatir el insomnio, basta equilibrar el trabajo ó el ejercicio del cuerpo con el del espíritu, no sobrecargar el estómago, llevar una vida regular y asegurarse por la noche la calma del cerebro.

El insomnio es casi desconocido por aquellos que viven de acuerdo con lo que la naturaleza exige, las enfermedades resultan de la sobreexcitación nerviosa y de las costumbres absurdas que se siguen en las grandes ciudades.



Un caballero encuentra á una señora á quien no había visto hacía largo tiempo, y que va acompañada por una nodriza que lleva en sus brazos un niño muy hermoso.

— ¿Es de usted este niño? la pregunta.

— Sí, señor, contesta la señora.

— ¿Y qué edad tiene?

— Tres meses cumplirá mañana.

— Supongo que será el último de los que ha tenido.



EN UN TRIBUNAL. *Juez* — Se le acusa á usted de haber hurtado una cuchara de plata en el café.

Acusado. — Me creo inocente, señor Juez.

Juez. — Descargue usted la culpabilidad que se le imputa.

Acusado. — Tengo entendido que es fea costumbre en este país entrar en un café y dejar de tomar algo.

Juez. — Bien, ¿y qué?

Acusado. — Como yo no tenía con que tomar algo, por no quedar en ridículo tomé la consabida cuchara.



Cuando dos ó más personas piensan del mismo modo, se dice que están *acordes*.

Si se alaba á uno, que le dan *bombo*.
Si tiene influencia, que lleva la *batuta*.
Si es triste su situación, que tiene *tres bemoles*.
Si presume de elegante, que es *re-la-mi-do*.
Si un palurdo se educa, que se va *afinando*.
Si uno escapa, que sale *pitando*.
Si yerra á menudo, que toca el *violón*.
Si es un pillo, que *canta en la mano*.

Correspondencia

R. R. — Requena. — De tus cuatro composiciones sólo han llegado dos. La prueba morrocotuda, pero al Director le han sabido á poco. *Añide*, hijo, *añide*.

C. T. H. — Valencia. — Imprimamos la retórica, como usted dice. ¿Y qué haremos de todos esos señores catedráticos que explican la asignatura en los Institutos?

Colmillo. — Madrid. — No lo extrañe; recibimos muchas cartas diarias, y no es posible contestar á todas con puntualidad. Corrija el segundo terceto, procurando, no precisamente que sea resumen y compendio de la composición, sino que tenga gracia, viveza... y aire de soneto.

R. de la J. R. — Madrid. — Mucha incorrección, amigo.

C. Bila. — Zaragoza.

— Virgen santa del Pilar
yo nunca puedo olvidar
que tu me hiciste poeta...

¡Ridiós! qué mal le quiere á usted la Pilarica.

Lope. — Málaga. — ¿Todavía escriben ustedes *sátiras* contra Clarín? Por supuesto, imitándole con muy poca gracia.

C. M., Barcelona. — Teodoro, Algeciras. — L. N. D., Madrid. — T. C. Ll., Lugo. — Nada, que no veo manera de *conformarme* con sus trabajos.

Y... aunque hay mucho en cartera, procuraré contestar rápidamente á todos.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Bambal del Centre, Klosce número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 >

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 >

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona

TOSES REBELDES

CATARROS

BRONQUITIS

TISIS

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL

De venta, en la Farmacia Universal, Escudillers, 61, y en la Farmacia Vidal, Gignás, 32

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



El Mundo Cielista

Calle Aribau, 2

Velódromo especial de aprendizaje

(Junto á los jardines de la Universidad)

Alquiler, enseñanza, custodia
y reparación de bicicletas

Baratura, prontitud y solidez
en las composturas

*
CUPON
*

CUPON PRIMA *

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

*
CUPON
*

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA





20 cénts.

Núm. 374

CASA EDITORIAL MAUCCI - Consejo Ciento, 296 - Barcelona

Extracto del Catálogo de esta Casa Editorial en Enero de 1898

COLECCIÓN DE AUTORES ILUSTRES

4 reales el tomo en rústica con cubierta al cromo

<i>Amicis.</i> — España	1 tomo
<i>Lamartine.</i> — Rafael-Graziella	1 »
» El manuscrito de mi madre	1 »
<i>Zola.</i> — Teresa Raquin	1 »
<i>Chateaubriand.</i> — Atala-René	} 1 »
» El último Abencerrage	
» Viaje al Montblanch	
<i>Hugo Conway.</i> — ¡Misterio!	1 »
» » ¡Sin madre!	1 »
» » Un secreto de familia	1 »
<i>Tolstoy.</i> — La Sonata á Kreuzer	} 1 »
» El matrimonio	
<i>V. Hugo.</i> — Los trabajadores del mar	2 »
» Ntra. Sra. de París. (Ilustraciones de Pasos)	2 »
» El hombre que ríe	2 »
» Noventa y tres	2 »
<i>E. Renan.</i> — Vida de Jesús	1 »
<i>Carlota Braeme.</i> — Dora	1 »
<i>Alfonso Daudet.</i> — Fromont y Risler	1 »
» » Tartarin de Tarascon	1 »
<i>Jorge Isaacs.</i> — María	1 »
<i>E. Goncourt.</i> — Sor Filomena	1 »
<i>P. du Terrail.</i> — El herrero del convento	2 »
» » Los amores de Aurora	2 »
» » La Justicia de los gitanos	2 »
» » Las máscaras rojas	1 »
» » Clara de Azay	1 »
» » Los dramas de París	5 »
» » Hazañas de Rocambole	4 »
» » El Manuscrito del Dominó	4 »
» » La Resurrección de Rocambole	5 »

<i>P. du Terrail.</i> — La última palabra de Rocambole	7 tomos
» » Las miserias de Londres	5 »
» » Demoliciones de París	2 »
» » La cuerda del ahorcado	2 »

NOVELAS POPULARES

ilustradas con fotograbados y cromos tipográficos al precio de dos reales cada uno

1 Dama de las Camelias	21 Genoveva de Brabante
2 Manon Lescaut	22 El Trovador.
3 Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	23 El Barbero de Sevilla
4 Gustavo el Calavera.	24 Hernani.
5 La Bella Normanda.	25 El Rigoletto.
6 El libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes	26 Lucrecia Borgia
7 Juegos de manos y de sociedad.	27 Falstaff.
8 Las Trece Noches de Juanita.	28 Aida.
9 Los Besos Malditos.	29 María Magdalena.
10 Bocaccio.	30 Historia de un Piloto
11 Doña Juanita.	31 Historia de Manuel García (el rey de los campos).
12 Amantes de Teruel.	32 Narraciones Americanas.
13 Pablo y Virginia.	33 Narraciones Catalanas (en castellano).
14 Don Juan Tenorio.	34 Novelas Griegas, íd.
15 Canciones Españolas	35 Novelas Italianas, íd.
16 Carmen.	36 Amor de Madre.
17 Julieta y Romeo.	37 Abelardo y Eloisa.
18 Otello el moro de Venecia.	38 Dolores ó la moza de Calatayud.
19 El emisario, (Novela Cubana).	39 Un Casamiento misterioso
20 Mesalina.	40 La Flor de un día.
	41 Las Espinas de la flor.

Los Miserables, por *Victor Hugo*. — Espléndida edición: 2 tomos 4.º prolongado con preciosos cromos. Encuadernado en rústica 40 reales, en tela plancha dorada 60 reales.

El Conde de Montecristo. — Igual tamaño, volumen y precio que «Los Miserables».

Lourdes, por *Emilio Zola*. — 2 tomos rústica 16 reales.

Roma, por *Emilio Zola*. — 2 tomos rústica 16 reales.

Paris. — Se pondrá en venta el 31 de Enero corriente: 2 tomos con 16 láminas, 16 reales.

Don Quijote de la Mancha, por *Miguel de Cervantes Saavedra*. — 1 tomo de 656 páginas, ilustrado con fotograbados. En rústica 12 reales, en tela 20 reales.

Las mil y una noches. — 1 tomo en rústica 10 reales, en tela 15 reales.

El cocinero universal. — Más de 600 fórmulas. 1 tomo cartonè 4 reales.

La Magia negra. — 1 tomo cartonè 4 reales

Medicina de las familias y plantas medicinales, por *D. Pío Arias Carvajal*, de la Facultad de Medicina. — 1 tomo en rústica 8 reales.

Crónica de las guerras de Cuba y de Filipinas. — Grandiosa edición que forma 5 tomos con más de 4,000 grabados representando vistas, planos, combates, retratos, historia documentada de nuestras guerras coloniales. Los 5 tomos encuadernados en rústica y cubierta al cromo, 80 reales; tela y plancha alegórica en oro y colores, 120 reales.

Mapa ilustrado del Archipiélago Filipino. — Tamaño 72 × 56. Cada 25 ejemplares 30 reales.

Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar. — Miscelánea completa de documentos y correspondencia. 1 tomo en rústica 4 reales.

Dirigir los pedidos acompañados de su importe en libranzas de Giro mutuo ó sellos de correo de España, á la Casa Editorial MAUCCI. — Consejo de Ciento, número 296. — Barcelona